

Leyendo a Marx con una mirada feminista

MONTSERRAT GALCERÁN*

Catedrática emérita de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid

El presente artículo pretende poner de relieve cómo la ausencia de una reflexión sobre el trabajo de reproducción (a cargo de las mujeres) en *El capital* de Marx tiene raíces teóricas e históricas. Teóricas en tanto que la formulación de la teoría del valor incluye el valor de los recursos necesarios para mantener en vida a la población trabajadora, pero excluye el trabajo doméstico. Históricas en tanto que en su época ese trabajo se ejercía en forma de servicios a las clases adineradas y casi no existía en las familias obreras dada su extrema miseria. Eso podría explicar la parcialidad patriarcal del análisis que actualmente se ve confrontado en ese punto por la economía feminista.

La mirada propia de un feminismo marxista no deja de ser problemática, ya que ni Marx ni el marxismo clásico dan un lugar preeminente a las mujeres ni al trabajo femenino o feminizado. La lectura de género está ausente en las páginas de Marx y en la mayor parte de los marxistas, excepción hecha de Clara Zetkin y de Rosa Luxemburg, aun con sus matices, y de Aleksandra Kolontái. Aun así, el análisis de Marx ha resultado importante para algunos desarrollos feministas; baste mencionar a Silvia Federici y a todo el grupo del «salario para el trabajo doméstico» con Mariarosa Dalla Costa y Selma James a la cabeza. O el grupo de Frigga Haug y la revista *Argument*, que han propiciado el desarrollo

* Montserrat Galcerán es catedrática emérita de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. Autora de diversos libros y artículos relacionados con marxismo, historia de la filosofía, filosofía contemporánea y feminismo.



de una corriente de feminismo marxista plasmado en las llamadas «XIII tesis»;¹ o los análisis de Maria Mies. Sin embargo, leer a Marx con mirada feminista sigue siendo un desafío. Lo más curioso es que Marx dedicara tan poca atención al trabajo reproductivo, cosa que contrasta con los desarrollos meticulosos dedicados a otras cuestiones espinosas como la distribución de la tasa de ganancia, el tema de la competencia, el análisis del crédito, la cuestión de la renta o el tema del salario. Por eso creo que merece un análisis más detenido.

1. El valor de la fuerza de trabajo

El concepto de *valor* como tiempo de trabajo socialmente necesario materializado en las mercancías, que Marx desarrolla en las primeras páginas del volumen I de *El capital*, es básica para la formulación de la «ley del valor», que permite explicar el intercambio de mercancías según una dinámica inmanente, a saber, el tiempo de trabajo gastado en la producción social media de todas ellas. La dinámica del valor o de la regulación de los tiempos de trabajo que incluye la dimensión técnica asociada a la productividad, subyace al sistema de precios y se traduce más o menos imperfectamente en él, pero no existe una reversibilidad entre ambos de modo que, si bien hay que presuponer el valor para entender la dinámica de los precios, ya que para Marx, a diferencia de la economía liberal, la oferta y la demanda no serían suficientes, los precios no traducen el valor al ámbito del mercado. Más bien todos sus esfuerzos van dedicados a insertar el mercado capitalista en la dinámica del trabajo social.

Pues bien, Marx insiste en que el trabajo crea valor y/o constituye la substancia del *valor*, pero él mismo no tiene. Y no tiene porque es una *actividad*, exactamente una actividad orientada a un fin útil. Es decir, el *valor* es materialización, objetivación de trabajo medido en tiempo, pero, a su vez, él mismo no puede tener valor, puesto que no es materialización de ningún trabajo: es «actividad en acto». Eso no obsta para que el propio trabajo pueda medirse en tiempo, pero el «valor» de una unidad, de una hora de trabajo, por ejemplo, será siempre relativamente arbitraria, puesto que solo se mide en relación al valor de la fuerza de trabajo y no de la actividad propiamente dicha.

Surge aquí un problema que constituye uno de los primeros nudos de *El capital*: si el trabajo no tiene valor, ¿cómo puede tratarse e intercambiarse como una mercancía en el mercado de trabajo?, ¿desafía el trabajo la ley de intercambio de las mercancías?, ¿constituye un caso especial, de modo que el intercambio sea puramente arbitrario y, por tanto, pura explotación? O al revés, ¿que no haya explotación y sea una remuneración justa como sostienen los liberales?

¹ Las «XIII tesis» pueden consultarse en el texto que sigue al presente trabajo.

Marx formula una solución a este dilema con el concepto de «fuerza de trabajo». El trabajo no tiene valor, pero la fuerza de trabajo, es decir la capacidad de trabajo de los trabajadores presente en su corporeidad física, sí lo tiene. Y como en cualquier otra mercancía, consiste en el tiempo de trabajo necesario para producir los insumos que la mantienen viva y permiten su reproducción. Es decir, el coste de los bienes y recursos necesarios para vivir y cuyo valor entra en el salario del obrero.

Pero curiosamente hay una total ausencia de referencia al género y al trabajo de producción y reproducción de la fuerza de trabajo. A la hora de establecer ese valor de la fuerza de trabajo, Marx es taxativo:

Entendemos por fuerza de trabajo o capacidad de trabajo el contenido de las capacidades físicas e intelectuales que existen en la corporeidad, en la personalidad viva de un ser humano, y que este pone en movimiento siempre que produce valores de uso de cualquier especie [...]. El valor de la fuerza de trabajo se determina igual que el de cualquier otra mercancía, por el tiempo de trabajo necesario para la producción —o sea, también reproducción— de este específico artículo. En la medida en que es valor, la fuerza de trabajo misma no representa más que una determinada cantidad de trabajo social medio objetivada en ella. La fuerza de trabajo no existe más que como disposición del individuo vivo. Su producción presupone, pues, la existencia del individuo. El individuo vivo necesita para conservarse una cierta suma de alimentos. El tiempo de trabajo necesario para la producción de la fuerza de trabajo se resuelve, pues, en el tiempo de trabajo necesario para la producción de esos alimentos, o sea, el valor de la fuerza de trabajo es el valor de los medios de vida necesarios para la conservación del poseedor de aquella fuerza [...]. La suma de los medios de vida tiene que bastar para mantener al individuo trabajador, como individuo trabajador, en su estado vital normal [...]. El valor de la fuerza de trabajo se resuelve en el de una suma determinada de medios de vida. Por eso cambia también con el valor de estos medios de vida, esto es, de la magnitud del tiempo de trabajo necesario para su producción.²

Ahora bien, mientras que por una parte la fuerza de trabajo se intercambia por su valor como cualquier otra mercancía, a diferencia de ellas, en la fijación de su valor se introducen condicionantes históricos y culturales. Eso ya nos indica que, cuanto menos, es un campo conflictivo y en transformación, pues la fijación del salario es resultado de una relación de fuerzas, como se ve claramente en el capítulo sobre la jornada de trabajo. La lucha de clases altera el pretendido equilibrio del mercado y permite una mayor apropiación de renta por parte de los trabajadores asalariados.

² Marx, C., *El capital*, Libro I, en *Obras de Marx y Engels (OME)*, Barcelona, Grijalbo, 1976, OME, 40, pp. 182-7.



Pero ¿qué ocurre con las mujeres y su trabajo de reproducción? Para Marx el valor de la fuerza de trabajo incluye el coste de la reproducción:

El propietario de la fuerza de trabajo es mortal. Por lo tanto, si su aparición en el mercado de trabajo ha de ser continua, como lo presupone la continua conversión de dinero en capital, entonces el vendedor de la fuerza de trabajo se tiene que eternizar «como se eterniza todo individuo vivo, por procreación». Las fuerzas de trabajo sustraídas al mercado por el desgaste y la muerte tienen que ser constantemente sustituidas por un número al menos igual de nuevas fuerzas de trabajo. La suma de los medios de vida necesarios para la producción de la fuerza de trabajo incluye, pues, los medios de vida de los hombres sustitutos, esto es, de los hijos de los trabajadores, de tal modo que se eternice en el mercado de mercancías esta raza peculiar de poseedores de mercancías.³

La extensión de las citas nos permite comprobar que, a pesar de su rotundidad, Marx no introduce aquí el trabajo de mantenimiento de la vida ni el de reproducción y solo tiene en cuenta el valor de los recursos. Es ciego frente a ese punto.

Podríamos decir en su favor que en su época ese trabajo existía de forma poco diferenciada. Entre las clases pudientes se trataba de un trabajo de servicios que Marx identificaba correctamente como una merma de renta; se trata de los trabajadores que califica de «improductivos» como criados, lacayos, cocheros, etcétera. En el caso de los trabajadores recaía específicamente sobre las mujeres obreras, que lo hacían en condiciones de extrema penuria. No había pues una captura de los espacios de reproducción social por parte del capital en forma capitalista como hay actualmente, ni se había extendido la figura de la mujer ama-de-casa como forma específica de reproducción de la fuerza de trabajo asalariada. Lo que, sumado a cierta parcialidad patriarcal, puede explicar una ausencia que hoy en día nos resulta injustificada.⁴ Sin embargo, la metodología aplicada que privilegia la presentación de un modelo «puro» del sistema capitalista le impide percibir las transformaciones en la familia obrera que están iniciándose en ese momento y que llevará a la eclosión del modelo de familia nuclear moderna.⁵

³ Marx, C., OME 40, p. 187.

⁴ En un análisis de la población inglesa de la época, Marx señala que la categoría de las «criadas», «lacayos», etcétera, incluye 1.208.648 personas; de ellas una gran mayoría mujeres, mientras que los/as trabajadores/as fabriles, incluyendo minas y similares, suponen 1.039.605 personas, y 1.098.261 personas la población del sector primario. Es decir, que los «trabajadores domésticos» son más que las otras categorías, lo que implica que el sector poblacional encargado de la reproducción de las capas adineradas o de clase media tienen un peso no despreciable en el conjunto del trabajo social y que en general está compuesto por mujeres. OME, 41, p. 81.

⁵ S. Federici llama la atención sobre ese punto en su texto «La construcción del ama de casa a tiempo completo y del trabajo doméstico en la Inglaterra de los siglos XIX y XX», contenido

2. Reproducción social y reproducción del capital. La familia obrera

Una primera virtualidad de la teoría del valor consiste en explicar el intercambio entre capital y trabajo como un modo de intercambio de mercancías sujeto, como todas las demás, a la ley general de intercambio de mercancías, es decir, al hecho de que todas ellas se intercambien por su valor. Dado sin embargo que la mercancía fuerza de trabajo, en último término los seres humanos, no somos producidos en una cadena mercantilizada, su conversión y su tratamiento como mercancía genera una enorme violencia, como pone de relieve Polanyi al clasificarla como «mercancía ficticia» junto a la tierra y el dinero.⁶

Marx se refiere a la violencia capitalista en general; en el caso de las mujeres cita algunos casos referidos a la explotación particular de las obreras ya sea como costureras o blanqueadoras, entre otras, marcando especialmente la penuria de sus condiciones de vida. Solo en algunos momentos se refiere a la explotación específica que las mujeres sufren en sus tareas reproductivas, pues, dado que muchas mujeres tienen que acudir a las fábricas y ciertas funciones «de la familia» como amamantar, remendar, cocinar... no se pueden suprimir, esas funciones deberán encargarse a otras personas, con lo que la familia obrera gasta en esos cuidados o en la compra de los productos ya elaborados parte del dinero extra que gana con el trabajo de la mujer. La familia obrera es una unidad básica de consumo.

Su conclusión es que de este modo se amplía la explotación global de la familia obrera y de las mujeres en su marco. El capital captura el trabajo de reproducción al incorporar a su dinámica a todos los miembros de la familia, mujeres y niños/as incluidos, e incluye en su autovalorización el trabajo mercantilizado necesario para el consumo.

Pues bien, a pesar de esa denuncia podemos decir que Marx no visibiliza los procesos de reproducción de los presupuestos materiales de la propia sociedad: la naturaleza, la propia fuerza de trabajo y los presupuestos sociales (las propias relaciones sociales de producción) como dinámicas antagónicas o con dimensiones propias. No visibiliza procesos de reproducción no mercantilizados o no asalariados en la propia sociedad capitalista a no ser como residuos de un pasado en vías de extinción o que se desarrollan en condiciones extraordinariamente precarias.

— en *El patriarcado del salario*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018, pp. 69 y ss. Según ella, la creación de la «familia obrera» con la figura del «ama de casa» como sostén principal corresponde en Inglaterra a la segunda mitad del s. XIX y logra evitar una pauperización progresiva de los trabajadores masculinos contribuyendo a la formación del trabajador masculino de gran fábrica, con mejores sueldos y con mayores requerimientos físicos e intelectuales.

⁶ Polanyi, K., *La gran transformación*. Madrid, La Piqueta, 1989.



Ve a las mujeres o como obreras o como criadas. La idea de que el salario cubre los gastos de reproducción obrera es, al mismo tiempo, un presupuesto de la teoría del valor y del capital de Marx y una cierta constatación empírica: el salario del obrero cubre efectivamente, aunque mal, el coste de reproducción, es decir, de mantenimiento de la familia obrera. La mujer trabajadora en cuanto tal comparte la explotación masculina, a veces incluso exacerbada, y en cuanto miembro de la familia, comparte igualmente su miseria. Pero lo que Marx *no ve* es que justamente esa mercancía *fuerza de trabajo* se reproduce en la casa a través del trabajo de las mujeres, de modo que si la mercancía *fuerza de trabajo* se produce en el marco doméstico, este no puede ser *exterior* al sistema, sino interior a él, aunque no esté regulado por la misma lógica.

Como consecuencia hay que decir que las categorías marxistas que permiten entender la sociedad capitalista, despojadas de sus connotaciones restrictivas, se extienden mucho más allá de las fronteras de la fábrica y permiten comprender el conjunto social, su haz y su envés: el mundo laboral y el que, a diferencia de ese, es definido como no-laboral asalariado pero no por ello no-capitalista.

Se suele decir que la sociedad capitalista actual es muy distinta del capitalismo que analizó Marx y que, en consecuencia, sus categorías ya no nos valen. Más bien es al revés. Podríamos decir que la explotación se ha extendido al conjunto de las labores que mantienen viva la sociedad, tanto productivas en el sentido clásico del término como reproductivas. En una sociedad en la que el sistema capitalista es hegemónico nos encontramos con una situación de *subsunción real*, pues la lógica capitalista de la rentabilidad máxima y el control del tiempo se extiende a todos los ámbitos del trabajo humano, estén capitalizados o no; pero dado que, como hemos dicho antes, los seres humanos escapan a esa reducción y afortunadamente no todos los eslabones de la crianza están sometidos a ella, la tirantez entre producción capitalista y sostenimiento de la reproducción del vivir se convierte en un espacio muy tensionado. La subsunción real no logra capturar nunca completamente todo el proceso.

Habitualmente el sistema capitalista se trata como si fuera un todo que engloba la reproducción del conjunto social, pero al totalizar la dominación del capital y tratar el subsistema de reproducción de la vida humana solo como reproducción del capital se pierde de vista su configuración propia, que en gran parte no está capitalizada y no sigue su lógica. Los seres humanos —fuerza de trabajo— no son criados como «mercancías», por más que sean tratados como tales en el mercado de trabajo. Por consiguiente, el espacio del mantenimiento y la reproducción del vivir se convertirá en un espacio de enorme conflicto y tensión en la propia sociedad capitalista que tenderá a sujetar a los criterios de reproducción del capital toda la esfera de la reproducción humana. Marx lo señala como tendencia a la destrucción de la familia obrera, pero no lo caracteriza como espacio de conflicto. Por el contrario, la economía feminista pone



su foco en la violencia de aquella reducción que, sin embargo, no está mediada por la clase, o no solo, sino por el género. La opresión de las mujeres se sitúa en la familia patriarcal, pero esta está supeditada, al menos en parte, a la lógica del sistema. De ahí que el choque entre economía productiva capitalista y economía de los cuidados sea cada vez más explosivo, a pesar de los intentos de suavizar esta conflictividad mercantilizando dichos espacios. Eso supone traspasar la carga de unas mujeres a otras, lo que está a su vez ligado a muchos de los problemas de la migración contemporánea.

La violencia de adaptar el trabajo de reproducción y de cuidado a la reproducción del capital se traduce en violencia contra las mujeres. La violencia de género no es una violencia excéntrica o superestructural, de la que se pudiera prescindir fácilmente con un simple cambio de costumbres, sino que forma cuerpo con todo el sistema y es consustancial a él. Una mujer con una familia a su cargo que no atiende debidamente a su bienestar es considerada una especie de mal social que debe ser convenientemente castigado.

Así pues, hoy en día, el espacio de tensión en nuestra sociedad se ha ampliado y globalizado, de modo que la «lucha de clases» corre a nivel global y no meramente a nivel nacional o nacional-imperial. Y engloba estos diversos ámbitos: no solo la contraposición clásica entre capital y trabajo, que tiende a interiorizarse como una variable interna, sino la contraposición de las necesidades de la reproducción social en su conjunto frente a las exigencias de su rentabilización capitalista, destacando todo el ámbito de la reproducción social de las personas y las exigencias de la reproducción de los insumos naturales.

Si pensamos que la economía debería orientarse a asegurar el mantenimiento de la vida y del bienestar parece claro que la producción y los mercados deben analizarse desde el punto de vista de su contribución a ese objetivo. En consecuencia, la economía feminista tiene una fuerte valencia anti-capitalista en cuanto que pone de relieve el carácter reductivo de un análisis centrado en la producción. Al hacerlo desvela la violencia implícita en un sistema económico cuyo objetivo es la extracción del plusvalor y el aseguramiento de la acumulación, al que contrapone una forma de producción de riqueza que se subordina a la satisfacción de las necesidades y el mantenimiento del vivir común. ★

